

pos de espartillo calcinado. Esta enorme extensión de tierra sólo mantenía unas 3.600 reses, que deambulaban por miriadas de trillos entre las densas masas de marabú, buscando angustiosamente los escasos ojos de agua o rústicos bebederos.

La historia parecía haberse detenido en este pedazo del suelo cubano; a cada vuelta del callejón, polvoriento o cenagoso, según los meses, se hubiera visto aparecer sin sorpresa la volanta del administrador del conde y, sin embargo, era fácil contemplar en el horizonte, al este y al oeste, las blancas torres de dos centrales azucareros, testigos de la expansión industrial del siglo XIX.

COSECHA DE HOGAÑO

No es esta la ocasión para señalar los cambios profundos aportados por la revolución socialista en este paisaje dormido: nuevas casas confortables y alegres, un embrión de aldea socialista, grandes canales de riego, con docenas de kilómetros de zanjias de distribución, miles de hectáreas desmontadas y cuidadosamente niveladas para la siembra de arroz. Nuevos cañaverales, pastoreos de pangola con cientos de hectáreas en producción. Un rendimiento de más de 3 reses por hectárea durante todo el año, donde antes se morían de hambre 3 reses por caballería. En 1962, la masa ganadera alcanzaba 6.466 cabezas y se pensaba en duplicarla para 1965. Una lechería con 7.304 metros cubiertos con capacidad para 1.500 vacas estaba ya funcionando... y todo esto sólo un lustro después de proclamada la Ley de Reforma Agraria.

7. UNA ISLA CON DOS HISTORIAS *

«Haití trajo la mentalidad capitalista y el espíritu de empresa, África sus brazos, Europa las manos y la pericia de sus obreros; la sacarocracia habanera contó las onzas y escribió su historia.»

En 1950, en su *Guerra de los Diez Años*, Ramiro Guerra Sánchez señalaba la desigualdad del desarrollo entre las provincias orientales y las occidentales, y desde entonces esto es tópico común, pero el concepto no ha sido hasta ahora profundizado lo suficiente y vale la pena hilvanar algunas reflexiones enhebradas en unas pocas cifras.**

Todos los economistas de mediados del siglo pasado, tanto del patio como los de afuera, se hacían lenguas de nuestro gran desarrollo económico. La frase profética del abate Raynal en 1780, «l'île de Cuba pourrait valoir un royaume», resuena en muchos oídos; cuarenta años más tarde un inglés —Francis Robert Jameson— escribe: «Estoy convencido que un gobierno hábil y vigoroso podría, en el término de medio siglo, dejar convertida la isla de Cuba en una nación estable y con una perfecta disposición social, con una población activa y numerosa y con multitud de recursos, tanto para fines públicos como privados, en comparación con cualquier otro territorio de su extensión».

* En *Cuba Internacional* (octubre 1968), pp. 32-37.

** Este artículo es un resumen «periodístico» de un ensayo aún por terminar, que debe incluir las adecuadas referencias y tablas estadísticas.

En tiempos de Raynal la exportación de azúcar era de 15.000 toneladas métricas, cuando Jameson nos visitó, en 1820, era de 56.400, cincuenta años más tarde embarcábamos más de medio millón de toneladas y a principios de la década del setenta la zafra llegaba a las 800.000 (exportación y consumo). Los cubanos explicaban tan increíble progreso por la feracidad de sus suelos, las bondades del clima y... su inteligencia natural. Los españoles por las «buenas» leyes de que habían dotado la colonia, su «paternal» protección y la abundancia de manos de obra barata (esclava) que le suministraban a profusión. Todo el mundo tenía su poco de razón, aunque, como en el cuento brasileño, la poca que tuviesen valía bien poco...

Que gran parte de los suelos cubanos fuesen de gran fertilidad, aún hoy lo son, no vale la pena destacarlo, máxime en una época en la cual, cuando se quería ampliar la producción, no había más que tumbar unos cuantos miles de caballerías más de espesos montes vírgenes que se extendían por doquier; pero que la política colonial española tuviese algo que ver con la prosperidad de la isla es algo que mueve a risa, aunque a nuestros abuelos les revolviere la bilis. Quedaban los esclavos sin ellos, ¿hubiese sido posible la gran prosperidad? Veamos un poco.

LOS CUATRO FACTORES DEL DESARROLLO

Entonces, como ahora, el desarrollo económico de un país agrícola descansaba en cuatro factores:

- 1) Recursos naturales, clima, suelos, agua, relieve propicio, corta distancia al mar. Todo esto la isla lo tenía, en Occidente como en Oriente.
- 2) Capital abundante y líquido, éste existía en La Habana solamente. Consecuencia de la acumulación originaria provocada por la función de puerto escala ejercida por la capital durante los siglos anteriores. La carrera de indias y las guerras marítimas dejaron una dorada estela en las calles y plazas habaneras.
- 3) Técnica y técnicos en calidad y cantidad apropiadas para ampliar la producción, mantenerla a un nivel competitivo y ven-

cer los sucesivos obstáculos que el crecimiento acumula siempre. Esto sí no lo había en la isla, ni lo podía suministrar España, sumida en secular atraso. Técnica y técnicos vinieron primero de Francia vía Haití, o Nueva Orleans, y después de Europa, ya fuese de la propia Francia —bonapartista—, ya de Inglaterra o de Alemania y también, desde luego, de Estados Unidos. Pero vinieron porque aquí había recursos naturales que movilizar, capital para hacerlo y trabajadores a quienes explotar sin tasa ni medida. Estos trabajadores —los esclavos— fueron el cuarto y decisivo factor de la prosperidad cubana.

La isla tenía, en 1790, unos 300.000 habitantes; 400.000 en 1800; 1.000.000 en 1840; 1.400.000 en 1860. ¿Cómo explicar esta increíble progresión? En los primeros sesenta años del siglo la población crece de 266 % a 2,3 % anuales; durante el mismo lapso, la de España sólo aumenta de 50 %, 0,5 % anual. Cuba crece cuatro veces y media con más rapidez que la «madre patria». ¿Por qué? ¿Es más saludable? Las estadísticas dicen lo contrario: la tasa de mortalidad era mayor en Cuba que en la península, 3,5 % contra 3 %. La población cubana de 1800 librada a sí misma no sólo era incapaz de crecer, sino que hubiese disminuido con rapidez, a causa de la excesiva mortalidad que la esclavitud provocaba y que la fiebre amarilla agravaba. Si ocurrió exactamente lo contrario fue debido a la inmigración y nada más que a ella. La africana en primer lugar: 800.000 infelices que fueron vendidos como esclavos, principalmente a los hacendados, así como también 100.000 chinos de Cantón. Hubo, desde luego, inmigración blanca, pero al lado de esas cifras luce irrisoria: 120.000 como saldo permanente en setenta años.

LA TRATA Y LAS CONSECUENCIAS

Digamos que si en 1815 se hubiese detenido la trata, la población de Cuba apenas si hubiese llegado a la mitad de la que fue en el momento de la Guerra de los Diez Años, el Moloch azucarero, incapaz de sobrevivir sin devorar negros al mismo ritmo que bosques, se hubiese vuelto anémico, los cafetales hu-

biesen perdurado y Cuba sería la isla del café como lo fue Puerto Rico hasta 1900. Sin la trata la esclavitud no podía perpetuarse —eso lo sabían muy bien los hacendados— y se hubiese extinguido sin sobresaltos, como en Puerto Rico, por desaparición progresiva de los propios esclavos. De ser así, la economía cubana tenía que orientarse necesariamente hacia el patrón centroamericano o borinqueño: un autoconsumo ligeramente exportador que conducía a un paternalismo feudalizante tan opresor como el esclavismo, pero menos rentable. Esta trayectoria hubiese tal vez facilitado la independencia a una colonia poco productiva que nadie tenía motivos de ambicionar. No tuvo Santo Domingo que liberar contra España sangrientas ni tenaces luchas para obtener su independencia ni se molestaron los yanquis en estorbarla —en el siglo XIX—, porque era exactamente lo que Cuba hubiese sido sin la trata: una colonia improductiva.

FÓRMULA PARA EXTRAER RIQUEZAS

Fue el casi millón de trabajadores forzados que llegaron a nuestras costas en esas siete décadas los que multiplicaron por veinte la exportación de azúcar, los que hicieron que la riqueza nacional llegase, en 1860, a la fabulosa cifra de 3.000 millones de pesos, digamos 12.000 millones de dólares en 1955. La combinación del esclavismo con el industrialismo produce la más extraordinaria fórmula para extraer riquezas del trabajo humano. Una vez impulsada la economía el producto nacional crece mucho más rápido que la población, el primero se multiplica por 8, el segundo por 3,6.

Los historiadores burgueses no pierden ocasión de elogiar al patriarcado criollo, y no sólo al de Oriente, se habla con complacencia del hacendado progresista, atento a los últimos adelantos de la ciencia. Esto es apenas una media verdad, es cierto que Arango y Parreño, Jáuregui, Montalvo, Pedroso, Herrera, etcétera, tenían la mente abierta al libre cambio, la función marítima de La Habana se los había inculcado, pero eran incapaces de concebir la administración de un negocio capitalista en su

cotidiana rutina. Residían en sus casonas habaneras y no en sus ingenios, atentos a la purga del azúcar y al ritmo de llegada de las carretas de caña. Si no hubiesen tenido a mano cientos y miles de administradores competentes, bien al corriente de lo que es «la calidad exportable» y, lo que es más, con buenas relaciones comerciales allende el mar, en Francia, en Inglaterra, en Alemania, poco o nada hubiesen podido hacer. El «milagro» lo hicieron los franceses que en Haití habían practicado la agricultura de plantación más desarrollada del mundo hasta entonces. Max Weber y Werner Sombart han hablado suficientemente de la mentalidad empresarial, y Morazé del «burgués conquistador», para que sea necesario insistir. ¿Por qué arte de birlibirloque un latifundista cubano que medía sus tierras por *leguas corraleras* (108 caballerías) y sus ganados por los cueros que exportaba, se iba a transformar de la noche a la mañana en un empresario atento al mercado mundial y a los últimos adelantos de la técnica?

LA SACAROCRACIA CONTÓ LAS ONZAS

Fue sin duda importante que el señor marqués soltara cien onzas de oro para comprar una máquina de vapor que modernizara su trapiche, pero hacía falta además un mecánico para hacerla funcionar, y éste fue un irlandés o un alemán. Y ellos fueron también los que manejaron las locomotoras durante toda una generación. Haití trajo la mentalidad capitalista y el espíritu de empresa, África sus brazos, aún húmedos del bosque, Europa las manos callosas y la pericia de sus obreros, la sacarocracia habanera contó las onzas y escribió la historia...

Esto fue en las primeras décadas del siglo, después las cosas cambiaron, los latifundistas cubanos y los comerciantes españoles —modernizados gracias al aporte de la inmigración europea no peninsular— enviaron a sus hijos a estudiar al extranjero: a Estados Unidos de preferencia, pero también a Inglaterra, Francia y Alemania. La educación cosmopolita del hijo de Domingo Aldama —un rico comerciante vasco, casi analfabeto— es ca-

racterística. Miguel hablaba corrientemente inglés, francés y alemán, idiomas de países en los que residió durante algún tiempo.

En otro ámbito es también característico el periplo europeo de Carlos Manuel de Céspedes. La generación del 68 —los explotadores se entiende— habían viajado y hablaban casi todos inglés y francés. Frente a una España que pugnaba aún por salir de las estructuras socio-económicas del siglo XVIII, este cosmopolitismo isleño reforzaba el sentimiento de superioridad del cubano y adelantaba camino en la idea de nacionalidad.

EL PRODUCTO Y EL REPARTO

Las cosas hubiesen andado con más rapidez si la evolución anterior no hubiese impuesto una peculiar distribución del producto nacional y esto no sólo horizontalmente, por estratos sociales, sino, y más importante aún, geográficamente.

¿Cómo se repartía el producto nacional que en 1868 sobrepasaba con creces los 300 millones de pesos? Mil opulentas familias de la plutocracia, hacendados y mayoristas-importadores, acaparan entre 40 y 50 millones, en tanto que la mitad de esa suma les toca a 100.000 familias, a ese sector que lo llamaremos el «subpueblo» porque en él están incluidos los esclavos, culíes y braceros libres tengan o no familia. Entre la extrema riqueza y la total indigencia se abre el abanico de una clase media inestable, «los pudientes», que comprende a profesionales y comerciantes medios y pequeños, así como a terratenientes, ganaderos, vegeros de tabaco, caficultores y dueños de pequeños ingenios, tal vez 50.000 familias que alcanzan a repartirse 120 millones de pesos. Quedan otras 150.000 familias que forman el verdadero pueblo cubano, pequeños sitieros, artesanos urbanos, obreros asalariados, empleados de comercio, etc. Todos ellos tienen que conformarse con unos 130 o 140 millares de pesos. Esto es en cuanto a distribución horizontal, pero lo que más interesa es la distribución geográfica de estas capas sociales.

CUBA A Y CUBA B

Para simplificar consideramos la isla dividida en dos grandes regiones que para evitar confusión llamaremos *Cuba A* y *Cuba B*, la primera será la de la plantación esclavista de azúcar, que se extiende por la llanura roja de Artemisa a Colón, allí están los colosos azucareros que en las noches de zafra resplandecen como ascuas, gracias al gas que aporta «la luz del progreso», allí están en la sombra húmeda los siniestros barracones amurallados, las cárceles azucareras como los llama Fernando Ortiz, allí las airo-sas torres con la odiada campana que toca las horas de cuarto, y suena a rebato cuando la negrada se agita. De un batey a otro se ven las torres rojizas y, entre ellas, los hilos de plata del ferrocarril tejen la trama donde se ahoga el cubano, donde muere el bozal, donde se rebela el chino engañado. Espléndido paisaje de opulencia y miseria, de palmares y chimeneas, de cercas de piedra y acogedores estanques. Naturaleza transformada que espera por la tea libertadora para carbonizarse.

Es en La Habana cuando no en París, en Barcelona o en Nueva York, en donde reside toda la plutocracia y el 60 % de los pudientes. Pero hay que insistir en que son los habaneros los que «más pueden». Si nos arriesgásemos a subdividir esta capa social encontraríamos que el 80 % del estrato superior reside en la capital, Matanzas y Cárdenas. Para las capas inferiores su localización coincide con la distribución de las fuentes de empleo, es decir, mayormente con la industria azucarera y las vegas de tabaco.

UNA ECONOMÍA DE AUTOCONSUMO

Al este de las sabanas de Manacas, la *Cuba B* es predominantemente ganadera, apenas si aporta el 20 % de las zafra. En ella vegeta una economía de autoconsumo para una población que crece con lentitud. Hay, es cierto, cuatro enclaves que es necesario distinguir: las regiones de Cienfuegos y Sagua la Grande, y sobre todo Trinidad, en lo que concierne al azúcar y el

cinturón cafetalero —francés— de Santiago, así como la región de Guantánamo, pero su influencia es aún local. Los ingenios son numerosos, pero una simple lectura de la estadística de Rebello demuestra que en su inmensa mayoría, son simples cachimbos movidos por bueyes. Hay sin duda, aquí y allá, alguna que otra máquina de vapor, pero esto no basta, la producción es casi artesanal. Sobre el 70 % del territorio de la isla vive el 35 % de la población. Predominan los esclavos urbanos y aun en el campo la servidumbre es más bien patriarcal. El látigo de los mayores no se oye casi nunca sonar. En los potreros, los sabaneros, gente de lazo y mancuerna, son casi todos libres.

Pasemos a la producción, el censo de 1862 permite regionalizar con bastante precisión el producto nacional: 236 millones de pesos corresponden a la región occidental, la *Cuba A*, y sólo 69 a la *Cuba B*. Al 35 % de la población le corresponde, por consiguiente, el 22 % del producto nacional, lo cual es ya un fuerte índice de subdesarrollo regional. Subdesarrollo que se hará más palpable aún si descontamos el ingreso correspondiente a los esclavos. Entonces, en términos de per cápita, esto significaría 280 pesos para toda la isla, 350 para la *Cuba A* y 165 para la *Cuba B*, menos de la mitad.

Se tendrá una mejor idea de lo que esta cifra representaba en la época, tanto como índice de la riqueza de la isla como de desequilibrio regional, si decimos que teniendo en cuenta el poder adquisitivo del peso cubano hace un siglo, este per cápita de 350 pesos es comparable al de 1955 en Suiza, Suecia, Francia o Inglaterra (aún si consideramos que se trata del producto nacional bruto a precio de mercado) y también que el desequilibrio regional era de magnitud análoga al que existía hace dos décadas entre la Italia del norte y la Italia del sur. La desigualdad regional en Cuba aparece también entre otros índices, en la proporción del comercio exterior el 89,9 % para la *Cuba A* y sólo el 10,1 % para la *Cuba B*. En la recaudación tributaria el 87 % proviene de la *Cuba A* y el 13 % de la *Cuba B*, y en los kilómetros de vía férrea la proporción es también la misma. Notemos, al pasar como índice suplementario de la riqueza del país, que en 1860 había en la *Cuba A* algo así como 1,2 kilómetros de

ferrocarril por mil habitantes, mientras que en Inglaterra, en igual año, sólo había 0,7 kilómetros por mil habitantes.

LA VACA LECHERA DE ESPAÑA

Así aparece claramente la *Cuba A* como la única responsable del extraordinario desarrollo de la isla, de su fama mundial como emporio de riquezas. Allí en los verdes campos de Occidente pastaba la vaca lechera del gobierno español, aquella cuya ubre los políticos de Madrid, progresistas o moderados, liberales o conservadores, identificaban sistemáticamente con el honor nacional.

Esta profunda desigualdad, esta divergencia en la línea de desarrollo, tuvo las mayores consecuencias políticas: los orientales, los terratenientes en primer lugar, se sintieron más explotados por España que los occidentales —aunque en realidad pagasen menos impuestos que ellos y la burocracia peninsular fuese allí menos agobiante— y pensaban, sin decirlo, que un gobierno propio, un estado federal dentro de una república independiente sería el medio idóneo para facilitar el desarrollo regional. Esta diferencia en el comportamiento político de la clase terrateniente cubana, Chaín la ha señalado recientemente, los orientales «más afectados [...] liderean la lucha. Por el contrario, los de Occidente se marginan de ella» (p. 115).

Los orientales veían a su Cuba al margen del progreso, soñolienta, colonial y doblemente colonizada —por los habaneros y por los peninsulares— y pensaban que, sin embargo, ella tenía mayores recursos edafológicos y una demografía más expansiva con más cubanos blancos y de color, menos peninsulares y menos bozales en proporción que su antagonista. Es en esta oposición entre ambas regiones, en la disparidad en su ritmo de crecimiento, en la existencia de extensas zonas subdesarrolladas: la cuenca inferior y media de El Cauto, la región de Nipe, la llanura de la Trocha, la región de Sancti Spíritus, etc., en donde hay que buscar las raíces del 10 de octubre. Este regionalismo está

consciente en Guáimaro y se manifiesta en un federalismo autóctono, que está muy lejos de ser servil copia de nadie.

CAMAGÜEY EN EL ANEXIONISMO

El caso de Camagüey presenta características propias que no han sido estudiadas. Allí, en la región menos industrializada de Cuba, le brotaron al anexionismo profundas y vigorosas raíces. ¿Por qué? La dialéctica marxista nos enseña cómo la evolución económica puede conducir a callejones sin salida o a estancamientos prolongados *por exceso de adaptación a un medio específico*. Las sabanas camagüeyanas modelaron un peculiar género de vida, una economía eminentemente ganadera tenía una insólita concentración urbana, el 40 % de la población regional residía en Puerto Príncipe y el 25 % en los dos importantes pueblos de Sibanicú y Guáimaro. Si añadimos los dos puertos de salida, Nuevitas y Santa Cruz del Sur, tendremos entonces una vastísima región muy rica y productiva, pero casi desierta. Es en este paisaje que se desarrolla el «tejanismo» camagüeyano, los ganaderos de Puerto Príncipe salieron diferentes al resto de los colonos, pero a pesar de su cultura, tal vez en su conjunto, superior a la de los orientales, no sabían lo que querían ser y por eso fueron anexionistas. Los orientales salvaron a los camagüeyanos de sí mismos, incorporándolos a la lucha armada, en la manigua, con la tea se forjó primero la unidad de la *Cuba A* como más tarde en la guerra del 95, Maceo y Martí fundieron las dos Cubas en la nación que Fidel Castro en las sierras de Oriente va a liberar en definitiva.

Ya dijimos que la plutocracia residía íntegramente en La Habana, y que ella, cubana, cubana-españolizante o española, controlaba la economía del país. Quedaría por explicar su tibieza, cuando no su indiferencia u hostilidad a la causa nacional, pero no nos alcanzaría el espacio y otros lo han hecho. Digamos, sin embargo, que la traición a los intereses nacionales ha sido una tradición de la burguesía habanera que tiene lejanas raíces, 1811, 1848, 1868, 1906, 1917, 1933, 1959... No hay una cri-

sis en nuestro devenir como nación en que las clases dominantes de la antigua *Cuba A* no hayan fallado a su deber nacional.

LO QUE NO ES MIGUEL ALDAMA

El gran hacendado típico del 68 no es Miguel Aldama, que dicho sea de paso distaba mucho de tener el temple de patriota que le han querido dar, si no hubiese sido porque los voluntarios lo obligaron a expatriarse, es fácil imaginar lo que hubiese sido. Pero aun así no es él el hacendado típico, lo es su cuñado José Luis Alfonso, lo es Diago, y más aún el supermillonario Juan Poey.

La sacarocracia oscila entre el anexionismo y el asimilismo (reformismo), pero ambas ideologías niegan —aunque con diversa intensidad— la idea de la nación que Céspedes va a encarnar con tanta energía y decisión. El muy católico y muy reaccionario don Carlos de Borbón, el pretendiente carlista le da una lección a los cubanos cuando dice: «Yo creo que es más conveniente que ese país tenga más autonomía en la localidad que representación en las Cortes españolas [...] Es mi voluntad [...] que el día en que me siente en el trono de mis mayores no haya esclavos en las posesiones españolas» (Carta a Lersundi, 30 y 31 de octubre de 1868). Esto lo repite también en la carta personal que le envía en esa misma fecha a Miguel Aldama ofreciéndole el gobierno civil (Pirala, I, pp. 308-313). Aldama rechazó la oferta porque Lersundi, que era isabelino, le cerró el camino, pero ¿hubiese podido siendo dueño de cerca de 4.000 esclavos, suscribir las ideas abolicionistas de don Carlos? Sus panegiristas suelen sacar a colación un documento demagógico en que otorga la libertad a sus esclavos... después que el gobierno español se los confiscó, cuando ya la esclavitud estaba virtualmente abolida...

LOS ESCLAVOS ENTRETANTO

Pero, ¿a qué insistir? Para situar políticamente a los latifundistas habaneros no hay más que recordar que el 46,7 % de los

370.000 esclavos que había en 1861 se encontraban en los ingenios y que el 90 % de estos esclavos se hallaban en la *Cuba A*. Éstos eran, en su mayoría, bozales y, por consiguiente, los más temidos. El gran miedo de 1845 está lejos de haberse aplacado, el fantasma de Haití ronda el sueño inquieto de los opulentos señores del azúcar. Es característico que a partir de 1864 no se concedan apenas licencias para matrimonios interraciales (Verena Martínez-Alier).

Había 180.000 esclavos en los barracones de los ingenios, y los dos tercios eran bozales, es decir que no hablaban o casi no hablaban el español. ¿Podían sentirse cubanos, estar dispuestos a dar su vida por la liberación nacional? Es difícil afirmarlo. Para el esclavo el enemigo de clase era el hacendado blanco y sus servidores, cubanos o españoles. Él no hacía, no podía hacer diferencias. Las luchas por la independencia política que conmovieron a la burguesía cubana en el segundo tercio del siglo pasado, no tenían ningún sentido para la población esclava de Occidente. Aun los más despiertos y más cultos de los criollos, no podían estar seguros que los blancos liberados de España los liberasen a ellos a su vez, y esto hasta mucho después de Guáimaro. Es por eso que no hubo incorporación masiva de las grandes masas de color en Occidente a la revolución. La situación hubiese sido distinta si la invasión de Gómez hubiese tenido éxito, y los ingenios quemados, como lo fueron los cafetales de la Sierra Maestra.

¿Cómo explicar entonces la incorporación masiva de los esclavos de los cafetales serranos a la manigua? La explicación puede encontrarse tal vez en el carácter extranjero-imperialista *avant-le-mot* de la explotación cafetalera francesa, dominante en la Sierra Maestra. Las condiciones de la servidumbre no diferían mucho de las de los ingenios, a pesar de la leyenda creada por los admiradores de la cultura francesa. Pero si en Matanzas como en Guantánamo el enemigo de clase lo era el terrateniente blanco, éste era en Occidente cubano y en la Sierra francés. El libertador sí era cubano. Hablaba una lengua distinta a la de sus amos, hablaba español, que para el esclavo de franceses fue la lengua de la libertad. En plena Sierra, la tea de Maceo, Gómez,

Moncada, Crombet y tantos otros hizo su obra y a su resplandor, con más rapidez que a la luz de las arañas de gas, se forjó la unidad nacional.